

General Santiago Blanco, que le perseguía muy de cerca, continuaba en su seguimiento, se le diese de ello oportuno aviso por el jefe de la fuerza que lo vigilara.

Esa orden fué ejecutada desde luego poniendo á disposición del Teniente de caballería Santos Alvarez, de Corupo, 50 hombres montados de la sección Díaz, con sus respectivos subalternos, Angel Medina y Francisco Chávez, de Parangaricutiro, ordenándose al Teniente Alvarez, como conocedor del terreno, lo mismo que á sus subordinados, se situase con la fuerza en el paraje más á propósito para la mejor vigilancia del camino, reconociendo como jefe inmediato de esa comisión con su carácter de Mayor de infantería, al que escribe estas líneas.

Después de un día de establecida la escolta de vigilancia sobre la vía indicada, aparece uno de los exploradores de la misma sección, como á las 4 de la tarde, dando aviso de que la tropa de los mochos, como se les llamaba entonces á las fuerzas del Gobierno, que habían pernoctado en Uruapan la noche anterior, se comenzaba á mover con rumbo á la sierra de Parangaricutiro, según la dirección que llevaban algunas mujeres soldaderas que había encontrado. Mas luego se presenta otro explorador de la misma sección, diciendo también: que la formación de la columna enemiga sobre la calzada de la quinta de aquella ciudad, daba á entender que se trataba de seguir la marcha del General Comonfort, la cual llevó por el mismo rumbo. En consecuencia, luego se participó á ese jefe superior tal ocurrencia por extraordinario violento, á donde se encontrara, lo mismo que al Coronel Díaz á Paracho.

Llegó la noche de ese día y como á las 9 de ella, hora en que comenzaba á anunciarse una fuerte tempestad en aquella serranía, comenzó á oirse á

lo lejos ladridos de perros sobre el camino que se vigilaba. Mas luego voces de mujeres y llantos de niños, comenzando ya á desenvolverse la tormenta, con un viento horrible que se agitaba en el centro de aquellas dilatadas y lóbregas montañas.

Convencidos hasta la evidencia los guardianes del camino, de que en efecto era la tropa enemiga la que venía avanzando por él, se mandó alistar la fuerza de vigilancia, si no para ofender, al menos para defenderse, situándose convenientemente á derecha é izquierda de la vía, con señal convenida para acometer ó retirar, en caso necesario como conocedores de aquellos montes.

Entretanto la columna enemiga seguía su marcha, el huracán á su vez, se desenvolvía fuertemente, haciendo más horroroso el caso las repetidas descargas eléctricas, que se dejaban oír en todas direcciones en medio de una densa obscuridad; y como resultado de aquellas muchos árboles seculares hechos girones, los cuales silvaban sobre las cabezas de los vigilantes y vigilados, cuyo cuadro habría hecho estremecer de espanto al más calmado en el peligro.

Sin embargo de esos contratiempos, la fuerza enemiga, no llegó á abandonar su tránsito; pues por el contrario, en esos momentos se hacía sentir con mayor fuerza, y en consecuencia, ya que se calculó haber pasado por la vía una gran parte de la columna enemiga, se mandó á los soldados vigilantes hicieran fuego, mediante la señal convenida sobre aquella masa informe de hombres para su mayor confusión.

Ese percance fué el más terrible aún en medio de la tormenta; porque la tropa enemiga comenzó á abandonar la vía, en pelotones, atropellándose unos á otros en el mayor desorden y aprovechando esos momentos de terror que ligeramente se pudieron ver á la luz de los relámpagos, se mandó

hacer más ejecutivo el fuego y las descargas eléctricas auxiliando á su vez esa maniobra, funcionando de lo lindo, como si estuvieran de acuerdo en proteger las libertades de un pueblo oprimido, necesitado de aquel auxilio, y también el viento, ese terrible elemento destructor de todo cuanto se opone á su paso, no fué indiferente, porque en aquellos momentos contribuyó con su estrepitoso contingente en aquella noche, en contra de los seres que componían dicha columna, y como si la tempestad con todos sus rigores hubiera estado á las órdenes de los vigilantes del camino, ayudando así á destruir las manodras emprendidas por los tiranos de un pueblo, como un efecto providencial que trataba de proteger una buena causa.

Terrible fué la confusión entonces, porque los pelotones del enemigo comenzaron á desbandarse en distintas direcciones, hasta quedar enteramente fraccionada aquella respetable columna que, en todas circunstancias no tuvo más jefe que su voluntad, ni obligaciones á que atender, sino la única de su propia conveniencia; y en consecuencia, muy en breve aquel camino quedó como antes, desierto enteramente; porque la tropa se perdió en aquellas bastas serranías, y una pequeña parte de ella que se encontró en dichas montañas á las órdenes de sus respectivos jefes, con esa regresaron á la ciudad de Uruapan, llegando á ella á la madrugada del siguiente día para volver á Morelia de donde había salido la columna en persecución del General Comonfort; y en la fecha antes citada, terminó por completo la tempestad en la madrugada de ese día, quedando despejado el Oriente.

Con ese favor del cielo concluyó la persecución que se le hacía al General Comonfort por ese rumbo, dándose al amanecer parte de esa ocurrencia, con extraordinario violento desde "Angagua" al expresado General, de aquel feliz acontecimiento,

lo mismo que al Coronel Díaz, á Paracho, y al General Pueblita que se encontraba entonces en Cotija, en donde mandó ese jefe celebrar con salvas el indicado suceso.

Se esperaba que al amanecer aparecerían sobre el camino vigilado algunos muertos y heridos, y en efecto, se encontraron varios que se mandaron sepultar y heridos que se recogieron y curaron; pero en abundancia, muchos dispersos de los diferentes cuerpos de que se componía la columna del Ministro Blanco, pertenecientes á Huichapan, Puebla, Chalchicomula, San Luis Potosí, Sombrerete, Piedras Negras y otras poblaciones que no se recuerda, cuyos dispersos, según fueron encontrándose en la sierra, lugar de la dispersión, se iban poniendo á las órdenes de los vigilantes del camino, con las armas, municiones y equipo, que aun conservaban, ofreciendo sus servicios en pro de la causa que defendían aquéllos, ascendiendo el número de los presentados, á la cifra de 260 infantes y 12 dragones, recogiendo además, en las monterías indicadas, fusiles abandonados, parque, fornituras y equipo de que se despojaron los soldados que tomaron otros rumbos; produciendo por último, esa recluta, más de 200 fusiles de percusión, que tan útiles fueron á las tropas pronunciadas de aquella época.

Por la tarde de ese día se dirigieron á Paracho de orden superior, los vigilantes del camino que quedó libre y con ellos sus prisioneros y demás útiles de guerra que fueron levantados en la sierra; y al siguiente, después de una revista accidental en la sección Díaz que tuvo por objeto incorporar á los prisioneros en la infantería que organizó en Paracho para el servicio de aquélla, el Capitán Francisco González, bajo la dirección del que esto escribe, incorporándose también á la caballería que

mandaba el Capitán Florian Romero, los 12 dragones dispersos del enemigo.

Concluida esa tarea, se emprendió la marcha para Uruapan, en donde fué recibida aquella comitiva militar con demostraciones de júbilo, en virtud de lo ocurrido en los montes de San Juan tres días antes. Hecho fué ese que preludiaba ya el término de la revolución y el triufo de la causa que tanto sacrificio venía costando. Con tal creencia entonces, que no salió fallida, las mejores familias de Uruapan, con motivo de la noticia que tuvieron de que la tropa de la sección Díaz estaba escasa aún de ropa interior con que cubrirse, en un arranque de patriotismo que también excitó los sentimientos de filantropía, se reunieron en un lugar convenido, á fin de acordar el modo de atender á aquella necesidad, proporcionándose las señoras entre sí elementos para comprar algunas piezas de manta blanca y confeccionar con sus propias manos la ropa de que tanto necesitaban los soldados, reuniéndose en un día de aquella época, más de 200 calzoncillos, camisas en igual número y aun algunos pantalones que las damas mandaron regalar á la tropa que vigiló el camino de San Juan, cuyo obsequio pasó á su destino por medio de una comisión, con permiso de los jefes que, en el acto de la entrega estuvieron presentes, y quienes por conducto de la misma comisión, dieron las más expresivas gracias de su parte y á nombre de la tropa beneficiada, á las familias obsequiantes, manifestándoles su reconocimiento, por tan distinguido servicio, y en verdad que ese regalo le vino tan bien á la tropa, como un anillo en el dedo, siendo digno de hacerse de él mención honorífica, como se hace en estos apuntes.

Durante ese día se proyectó un baile para en la noche, con el que el vecindario felicitó al Coronel Díaz y á sus oficiales por la feliz ocurrencia en los

montes de San Juan, teniendo lugar dicha diversión en la casa del Sr. Toribio Ruiz, terminando ésta á las 5 de la mañana del siguiente día, y en ella reinó la mayor cordialidad. Se dijeron algunos brindis alusivos á las circunstancias de aquella época diversos vivas, con protestas de adhesión á la causa que se defendía; ocurrencias que agradaron demasiado á las familias que asistieron quedando satisfechas con ese motivo.

A otro día abandonó la ciudad de Uruapan la sección Díaz, para continuar las fatigas de la campaña hasta vencer ó morir, en la cual fueron muy útiles los servicios del Coronel Eduiwiges Martínez, con su valiente escuadrón de Panzacola, del Coronel Jesús Villanueva, los del patriota ciudadano Apolonio del Corral y de Antonio Fuentes con las tropas que mandaban; figurando igualmente entre los defensores de la propia causa el Mayor Antonio Maciel, los hermanos José María y Ramón Villaseñor, de los cuales murió este último en Tacubaya batiéndose con su cuerpo en contra de los reaccionarios, con el carácter de Teniente de una de las compañías del mismo cuerpo, procedente de Morelia.

Los señores Sosa, de Paracho, prestaron también sus servicios á la sección Díaz, distinguiéndose entre los capitanes de la misma, el ciudadano Florian Romero con su compañía, como el más activo en el servicio militar en aquella época. Asimismo, cooperaron con su saber y buenas relaciones en favor de la causa de Ayutla, los patriotas ciudadanos Toribio Ruiz, Trinidad Bravo, Ramón Farías, Antonio Chapina y otros vecinos de la ciudad de Uruapan, y de Tangancicuaro, muy especialmente, el patriota Francisco Garibay.

Algunos de los dispersos en las montañas de San Juan Parangaricutiro, reconocieron al cuartel general de las fuerzas liberales, establecido entonces en el rancho de Tunguitiro, presentándose al

Coronel en jefe Epitacio Huerta, hoy General de División del Ejército Mexicano, ofreciéndole sus servicios en favor de la causa que defendía, aceptando ese jefe tal ofrecimiento de buena voluntad, ingresando aquéllos á la Brigada con sus armas y equipo, en la cual sirvieron hasta el completo triunfo del plan de Ayutla.

En vista de lo ocurrido en la sierra de San Juan, el General Comomfort, con toda calma atacó y ocupó la plaza de Zapotlán el Grande, Jalisco, el 22 de Junio de 1855; cuyo hecho de armas fué muy sangriento por la tenaz resistencia de sus defensores, dirigiéndose en seguida á Guadalajara, con objeto de atacar también aquella plaza, que, al fin quedó en poder de los liberales, en dicha época.

Concluidas algunas correrías de las tropas liberales que tuvieron por objeto la destrucción del enemigo, es ocupada la plaza de la ciudad de Pátzcuaro, al ser abandonada por el General Pánfilo Galindo, defensor del centralismo, llevando consigo las tropas que le obedecían rumbo á Morelia, cuya ocurrencia, tuvo lugar en los primeros días de Septiembre de 1855.

Mas luego la Brigada Huerta abandonó la plaza de Pátzcuaro, el 10 del mes y año antes citados, dejando en ella un destacamento para apoyo de las autoridades y garantía del vecindario. Por la tarde del mismo día llega á la Villa de Quiroga, en donde fué recibido el jefe de ella con demostraciones de júbilo, con arcos triunfales, repiques á vuelo y cohetes que se quemaron.

Estando ya la Brigada en esa Villa, llega el día de la gran fiesta Nacional del 16 de Septiembre de 1810, y con la cooperación de los vecinos amigos de la causa de Ayutla, el General Huerta da sus órdenes para la celebridad de tan memorable fecha que se solemnizó con una esplendidez relativa agradando mucho esa fiesta á los concurrentes.

Dos días después, de orden del propio General en jefe, sale de Quiroga el Coronel Rafael Rangel en dirección á Morelia y llega al siguiente á la hacienda de la Huerta inmediata á esa ciudad y en esa finca se aloja con la fuerza que mandaba, con instrucciones de vigilar los movimientos del enemigo y de ocupar la plaza de la Capital, tan luego como la evacuara el General Pánfilo Galindo que debía ser pronto, y en efecto, á los tantos días salió ese General para México con la tropa centralista que guarnecía la plaza de Morelia, y en consecuencia, es ocupada por las fuerzas liberales que, en número de 800 hombres de infantería y caballería, llevó á sus órdenes con tal fin el Coronel Rangel, dando en seguida aviso al General en jefe de aquella, de estar ya en posesión de la mencionada plaza, en cuya localidad quedó desde luego restablecido el orden, disfrutando de garantías el comercio y los vecinos, entre tanto el cuerpo de Ejército hacía su entrada triunfal en la Capital de Michoacán que por fin tuvo lugar en los últimos días del mes y año antes citados, colocándose á la cabeza de él su General en jefe de riguroso uniforme, con su respectivo Estado Mayor.

En la fecha antes indicada recibió en su seno la Capital de Michoacán dicho cuerpo de Ejército con bastante beneplácito, repiques á vuelo, arcos triunfales y otras demostraciones de júbilo.

Al siguiente día se establecieron autoridades provisionales, entre tanto se convocaba á elecciones para los Poderes del Estado; y así quedó en Michoacán terminado el expediente relativo, á la revolución de Ayutla; y á consecuencia de ese triunfo, vuelto á la Capital de la República el General Galindo, último Gobernador de aquella época en Michoacán, lo mismo que al Estado el Coronel Rafael Degollado, quien en comisión de los jefes liberales se hallaba en Colima, avecindándose

luego en Cotija, donde fabricó una elegante casa de habitación embellecida con un primoroso jardín de esquisitas flores, en la que murió después de algunos años en avanzada edad; y en aquellos tiempos la tropa cantaba para suavizar las fatigas del camino, la letra siguiente:

«¿A dónde vas, Isabel,
¡Mi Capitán!
Al cuartel de la Unión
A tomar una copa
Por la federación.

¿De dónde viene Ud. Isabel?
¡Señor Mayor!
De un taller de la maestranza
De ver tomar dos morteros
Pulidos por los obreros
Y de oír tocar una danza.

¡Ursula! ¿qué andas haciendo?
Por la calle real borracha,
¡Mi Jefe! ando divirtiéndome
Con los Señores de la hacha.

Ya yo no quiero sembrar
Ni quiero vivir en rancho,
Me quiero civilizar
Con esos del sombrero ancho.

No quiero ser maderero
De la sierra de Sinciro,
Ni tampoco carretero
Del rancho de Tunguitiro.»

ELECCIONES PARA LOS PODERES DE MICHOACAN.

Una vez convocado el pueblo michoacano para elecciones de los Poderes del Estado, y como consecuencia de ella, quedó electo de esa entidad fede-

rativa, el ciudadano General Epitacio Huerta para regir sus destinos; cuya elección dependió del sufragio popular, entrando en consecuencia, á funcionar los electos, en sus respectivos puestos, previa la protesta de ley.

Los Coroneles Rafael Arias, Rafael Garnica, Rafael Rangel, Rafael Ahumada, Juan Cervín de la Mora, Hilario Cervín, Mariano de Jesús Gordillo, Antonio Huerta, padre, Nicolás de Régules, Jesús Díaz y José María Guerrero, muerto al tomar la plaza de Uruapan, y los Mayores Ignacio Aguilar, fallecido también en Tacubaya, combatiendo la reacción, Eugenio Ronda, Francisco Salinas, muerto al ser atacada la plaza de Guanajuato, Francisco Pineda, José Olmos, Antonio Chávez y Capitanes Antonio Ruiz Carrillo, Antonio Ruiz Valladares, Domingo Herrera, Vicente Castillo, fusilado en Puruándiro por fuerzas del Gobierno, como defensor del plan de Tuxtepec, Blas Andrade, Eleuterio León, Justo Torres, Anastasio Ceja, Juan Tena y sus hijos, José María y Valentín Aguilar, Antonio Madrigal, José María Farías, Agustín y José Juárez, de Moroleón, y el que esto escribe.

Todos estos ciudadanos y otros cuyos nombres se han perdido al paso de los años, con los servicios que prestaron en defensa del plan de Ayutla, como buenos patriotas, levantaron la Brigada Huerta, á la altura en que mereció ser colocada, quedando, en consecuencia de guarnición, en la plaza de Morelia, á las órdenes del mismo Sr. Huerta, como Gobernador y Comandante Militar del Estado y en mejores condiciones para educarse militarmente, encontrándose entonces el General Régules con su carácter de Coronel, sirviendo la Mayoría de plaza de la Capital de Michoacán, cuyo encargo desempeñó con el acierto que exigían las circunstancias de aquella época.